

se apresuró á repetirme lo que me habia dicho su hermano; que nada habia yo visto; y que no se podia formar idea de nada estando cojo el caballo negro. Mad. de Goutaut vino á sentarse á nuestro lado, y Mr. de Damas algo mas lejos, aguzando el oido en un estado divertido de inquietud, como si fuese yo á comerme su pupilo, á soltar algunas frases en elogio de la libertad de la prensa ó en favor de la duquesa de Berry, Hubiérame reido de los temores que le causaba, si desde Mr. de Polignac pudiera todavía reirme de un pobre hombre. De repente me dijo Enrique:

—¿Habeis visto serpientes adivinas?

—Monseñor querrá hablar de la boa: no las hay ni en Egipto ni en Túnez, únicos puntos de Africa que he visitado; pero he visto muchas culebras en América.

—Oh, sí! dijo la princesa Luisa; la culebra de cascabel, en *El Genio del Cristianismo*.

Yo me incliné para dar gracias á la princesa.

—Pero habeis visto muchas mas culebras, continuó Enrique. ¿Son malignas?

—Algunas, monseñor, son muy peligrosas: otras no tienen veneno, y se les hace bailar.

Los dos niños se acercaron á mí con placer, teniendo sus ojos, bellos y resplandecientes, fijos sobre los míos.

—Hay ademas la culebra de vidrio, continué, que es hermosa, y no hace daño ninguno: tiene la transparencia y la fragilidad del vidrio, y en cuanto se la toca, se rompe.

—¿Y no pueden volverse á unir los pedazos? dijo el príncipe.

—Hombre, no, respondió por mí la princesa.

—¿Habeis visitado la catarata de Niagara? continuó Enrique. ¿Hace un ruido espantoso! ¿Se puede bajar por ella en barco?

—Monseñor, un americano se entretuvo en arrojar por ella un barco grande: dicese que otro americano se arrojó él mismo en la catarata y no pereció la vez primera; pero quiso repetir el experimento, y pereció á la segunda vez que lo intentó.

Los dos niños levantaron sus manos al cielo, exclamando:

—¡Oh!

Mad. de Goutaut tomó la palabra.

—Mr. de Chateaubriand ha ido á Egipto y á Jerusalem.

La princesa dió una palmada, y se acercó mas á mí.

—Mr. de Chateaubriand, me dijo; describid á mi hermano las pirámides y el sepulcro de Nuestro Señor.

Yo hice lo mejor que pude una pintura de las pirámides, del Santo Sepulcro, del Jordán y de la Tierra Santa. La atención de los niños era extremada: la princesa apoyaba en sus manos su lindo rostro, descansando casi sus codos sobre mis rodillas, y Enrique, encaramado en un alto sillón, mecía sus piernas colgantes.

Después de esta bella conversacion de culebras, de catarata y de Santo Sepulcro, dijo la princesa:

—¿Queréis hacerme alguna pregunta sobre historia?

—¿Cómo sobre historia?

—Sí; preguntadme acerca de un año; sobre el año mas oscuro de toda la historia de Francia, á excepcion de los siglos xvii y xviii, que no hemos principiado aun.

—Oh! Yo, repuso Enrique, quiero mejor un año célebre: preguntadme algo acerca de un año célebre.

Este estaba menos seguro de salir bien que su hermana.

Principié por obedecer á la princesa, y dije:

—Pues bien, ¿queréis decirme lo que sucedía y quién reinaba en Francia en 1001?

Ambos hermanos se pusieron á reflexionar, Enrique cogiéndose el pelo, y la princesa haciendo sombra á su rostro con sus dos manos, accion que le es familiar. Luego descubrió súbitamente su semblante jóven y alegre, su risueña boca y sus ojos perspicaces, y dijo la princesa:

—Roberto era quien reinaba, Gregorio V era papa, Basilio III emperador de Oriente...

—Y Othon III emperador de Occidente, exclamó Enrique apresurándose para no quedar detrás de su hermana, y añadió en seguida:

—Veremundo II en España.

La princesa, atajándole la palabra, dijo:

—Etefredo en Inglaterra.

—No, dijo su hermano: era Edmundo, *Costilla de hierro*.

La princesa tenia razon: Enrique se engañaba en unos cuantos años en favor de *Costilla de hierro*, que le habia encantado; pero no por eso era aquello menos prodigioso.

—¿Y mi año célebre? preguntó Enrique en tono medio enojado.

—Teneis razon, monseñor: ¿qué sucedió en el año 1593?

—¡Bah! exclamó el jóven príncipe: la abjuracion de Enrique IV.

La princesa se puso encarnada por no haber podido contestar la primera.

Dieron las ocho, y la voz del baron de Damas cortó nuestra conversacion, como cuando el martillo del reloj, al dar las diez, suspendía los pasos de mi padre en el gran salon de Combourg.

¡Amables niños! El anciano cruzado os ha contado las aventuras de la Palestina; pero no en el hogar del palacio de la reina Blanca. Para hallaros ha tenido que llevar su palo de palmera y sus sandalias empolvadas bajo el sol helado del extranjero. Blondel cantó en vano al pié de la torre de los duques de Austria, y su voz no pudo volver á abriros los caminos de la patria. ¡Jóvenes proscriptos! El viajero, en lejanas tierras, os ha ocultado una parte de su historia: no os ha dicho qué poeta y profeta ha arrastrado en los bosques de la Florida y en las montañas de la Judea tanta falta de esperanzas, tantas tristezas y pasiones como esperanza, alegría é inocencia; que hubo un dia en que, como Juliano, arrojó su sangre hácia el cielo, sangre de la que el Dios de misericordia le reservó algunas gotas para rescatar las que habia entregado al dios de maldicion.

El príncipe, llevado por su ayo, me invitó á su leccion de historia, fijada para el lunes siguiente, á las once de la mañana: Mad. de Goutaut se retiró con la princesa.

Entonces principió una escena de otra clase: la monarquía futura en la persona de un niño acababa de hacerme participar de sus juegos: la monarquía pasada, en la persona de un anciano, me hizo asistir á los suyos. Dióse principio á una partida de whist, iluminada por dos velas en un rincón de la sala oscura, entre el rey y el delphin, el duque de Blacas y el cardenal Latil. Yo era el único testigo de ella con el picador O'Hegerty. A través de las ventanas, cuyas hojas no estaban cerradas, mezclaba el crepúsculo su palidez á la de las velas: la monarquía se extinguía entre aquellos dos resplandores moribundos. Profundo silencio, á excepcion del roce de los naipes y de algunos gritos del rey, que se incomodaba. Los naipes fueron renovados de los Latinos á fin de aliviar la adversidad de Carlos VI; pero no existen ya Ogier ni Lahire que puedan dar su nombre, bajo Carlos X, á aquellas distracciones de la desgracia.

Terminada la partida de juego, me dió el rey las buenas noches. Atravesé los salones desiertos y sombríos que habia cruzado el dia antes, las mismas escaleras, los mismos patios, por delante de los mismos

centinelas, y despues de bajar las cuestas de la colina, volví á mi posada, perdiéndome en las calles y en las tinieblas. Carlos X permanecia encerrado en las masas negras que acababa de dejar: nada puede pintar la tristeza de su abandono y de sus años.

## VISITAS.

Praga 27 de mayo de 1833.

Tenia mucha necesidad de descansar; pero el baron Capelle, que habia llegado de Holanda, habitaba un cuarto vecino al mio, y vino á verme al punto.

¡Cuando el torrente cae de alto, el abismo que socava y en que se sumerge atrae las miradas y embarca el uso de la palabra; pero no tengo paciencia ni compasion para los ministros, cuya debil mano dejó caer en la cima la corona de San Luis, como si las olas debieran hacerla subir de nuevo! Aquellos ministros que pretenden haberse opuesto á las ordenanzas, son los mas culpables; los que dicen haber sido mas moderados, son los menos inocentes; si tan claro veian ¿por qué no se retiraban? «No han querido abandonar al rey; el delphin los ha tratado de cobardes.» Mala derrota: no pudieron desprenderse de sus carteras. Digan lo que quieran, no hay otra cosa en el fondo de esa catástrofe. ¡Y qué admirable sangre fria despues del suceso! Uno escribe sobre la historia de Inglaterra despues de haber arreglado tan bien la historia de Francia; otro lamenta la vida y la muerte del duque de Reichstadt despues de haber enviado á Praga al duque de Burdeos.

Yo conocia á Mr. Capelle; es justo recordar que habia quedado pobre; sus pretensiones no sobrepujaban su valor, y de buen grado habria dicho, como Luciano: —«Si venís á escucharme en la esperanza de respirar el ámbar y oír el canto del cisne, pongos por testigo á los dioses de que jamás he hablado de mí en términos tan magníficos.» En los tiempos actuales, la modestia es una cualidad rara, y la única falta de Mr. Capelle es haberse dejado nombrar ministro.

Recibí la visita del baron de Damas: las virtudes de este valiente oficial se le habian subido á la cabeza, y su cerebro se hallaba atacado de una congestion religiosa. Hay asociaciones fatales: el duque de Riviere recomendó al morir á Mr. de Damas para ayo del duque de Burdeos. El príncipe de Polignac era miembro de aquella pandilla. La incapacidad es una francmasonería, cuyas logias están en todos los países, y este carbonismo tiene calabozos, cuyas trampas abre y en las que hace desaparecer los Estados.

El sistema doméstico estaba de tal suerte en la corte, que al elegir Mr. de Damas á Mr. de Lavilatte, nunca quiso concederle otro título que el de primer ayuda de cámara de monseñor duque de Burdeos. Aficionéme desde luego á ese militar de bigotes grises retorcidos, alano fiel encargado de ladrar alrededor de su cordero. Pertenecia á aquellos leales *porta-granadas*, á quienes tanto apreciaba el terrible mariscal de Montluce, y de quienes decía: —«No hay en ellos trastienda.» Mr. de Lavilatte será despedido por su sinceridad, no por su aspereza: pronto se hace uno á la aspereza de cuartel. A veces la adulacion en el campamento suele tomar la máscara de independencia; pero en el valiente veterano de quien hablo todo era franqueza, y habria retirado con honor sus bigotes si hubiese tomado á préstamo mas de treinta mil duros, como Juan de Castro. Su semblante avinagrado no era mas que la expresion de la libertad: solamente advertia por su aire que estaba pronto. Los florentinos, antes de preparar su ejército en campaña, avisaban al enemigo por el sonido de la campana Marti-nella.

MISA.—EL GENERAL CZERNICKI.—COMIDA EN CASA DEL GRAN BURGRAVE.

Praga 27 de mayo de 1833.

Habia formado el proyecto de oír misa en la catedral en el barrio de los palacios; pero detenido por los que vinieron á verme, no tuve tiempo mas que para ir á la basilica de los antiguos jesuitas. Estaban cantando á la sazón con acompañamiento de órgano. Una mujer, colocada á mi lado, tenia una voz, cuyo acento me hizo volver la cabeza. En el momento de la comunión se cubrió el rostro con las dos manos, y no fue á la santa mesa.

¡Ay! Muchas iglesias he explorado en las cuatro partes de la tierra, sin haberme podido despojar, ni aun en el sepulcro del Salvador, del áspero cilicio de mis pensamientos. He descrito á Aben-Hamet vagando en la mezquita de Córdoba. «Al pié de una columna vió una figura inmóvil, que tomó en un principio por una estatua sobre un sepulcro.»

El original de esa figura que veía Aben-Hamet era un monge á quien habia yo encontrado en el Escorial, y cuya fe habia envidiado. ¡Quién sabe, no obstante, las borrascas que podia haber en el fondo de aquella altura tan recogida, y las súplicas que dirigia al pontífice santo é inocente! Salía yo de admirar en la sacristía desierta del Escorial una de las vírgenes mas hermosas de Murillo: iba con una mujer, y fue quien me hizo reparar en el religioso, sordo al ruido de las pasiones que atravesaban junto á él por el formidable silencio del santuario.

Después de la misa, en Praga, envié á buscar un birlocho, y tomé el camino trazado en las antiguas fortificaciones y por el que suben los carruajes al palacio. Estaban trazando jardines en aquellos baluartes: la eufonia de un bosque reemplazará allí el estruendo de la batalla de Praga: el conjunto estará hermoso dentro de unos cuarenta años. ¡Dios quiera que Enrique V no permanezca aquí bastante tiempo para gozar de la sombra de una hoja que no ha nacido todavía!

Debiendo ir á comer al dia siguiente á casa del gobernador, juzgué conveniente ir á ver á Mad. de Chotek: habria encontrado amable y hermosa, aun cuando no me hubiese citado de memoria pasajes de mis obras.

Subí por la noche á la reunion de Mad. de Guiche, y encontré en ella al general Czernicki y á su esposa. Aquel me refirió la insurreccion de la Polonia y la batalla de Ostrolenka.

Cuando me levanté para marcharme, me pidió permiso el general para estrechar mi venerable mano y abrazar al *patriarca de la libertad de la prensa*: su mujer quiso abrazar en mí al autor de *El Genio del cristianismo*: la monarquía recibió con la mayor cordialidad el beso fraternal de la república. Sentía yo una satisfaccion de hombre honrado, y me tenia por feliz en despertar por diferentes títulos nobles simpatías en corazones extranjeros, en ser estrechado sucesivamente contra el seno del marido y de la mujer por la libertad y la religion.

El lunes 27 por la mañana vino á decirme la *oposicion* que no veria al jóven príncipe: Mr. de Damas habia cansado á su alumno llevándole de iglesia en iglesia para rezar las estaciones del jubileo. Aquel cansancio servia de pretexto para una licencia y motivaba una excursión al campo: queriamos ocultar al niño.

Emplee la mañana en recorrer la ciudad. A las cinco fuí á comer á casa del conde de Chotek.

## COMIDA EN CASA DEL CONDE DE CHOTECK.

La casa del conde de Chotek, construida por su padre (que fue tambien gran burgrave de Bohemia),

presenta por fuera la forma de una capilla gótica: nada es hoy original; todo es copia. Desde el salón se ven los jardines, los cuales bajan en cuesta á un valle: siempre la misma luz pálida, el mismo suelo ceniciento, como en las hondonadas angulosas de las montañas del Norte, en donde la naturaleza descarnada lleva el cilicio.

Estaba puesta la mesa en el *pleasure ground* (sitio de placer), bajo los árboles. Comimos con la cabeza descubierta: mi cabeza, á quien tantas tempestades habian insultado, llevándose los cabellos, era sensible al soplo del viento. Por mas que procuraba estar atento á la comida, no podia menos de mirar las aves y las nubes que volaban por encima del festín: pasajeros embarcados en las brisas, y que tienen relaciones secretas con mis destinos; viajeros, objeto de mi envidia, y cuya aérea carrera no pueden seguir mis ojos sin una especie de enternecimiento. Hallábame mas en sociedad con aquellos parásitos que vagaban por el cielo, que con los comensales sentados á mi lado en la tierra. ¡Felices anacoretas los que tenían por *dapifero* un cuervo!

No puedo hablar de la sociedad de Praga, porque no la vi mas que en aquella comida. Habia en ella una mujer muy á la moda en Viena, y, segun decian, de mucha agudeza: parecióme áspera y necia, aunque conservaba algunos restos de juventud, como aquellos árboles que conservan en el verano los ramos secos de la flor que ostentaron en la primavera.

No sé, pues, de las costumbres de este país mas que lo que dice Bassompierre de ellas en el siglo décimo sexto: él amó á Ana Esther, de edad de diez y ocho años, y viuda hacia seis meses; pasó cinco dias y cinco noches disfrazado y oculto en un cuarto, al lado de su querida; jugó á la pelota en Hradschin con Wallenstein. Yo, que no era Wallenstein ni Bassompierre, no aspiraba al imperio ni al amor: las Esther modernas quieren Asueros, que, por muy disfrazados que estén, puedan quitarse por la noche su *dominó*: no se desprende uno de la máscara de los años.

PENTECOSTÉS.—EL DUQUE DE BLACAS.

Praga 27 de mayo de 1835.

Al salir, despues de la comida, á las siete, me dirigí á casa del rey, y encontré allí á las personas del día anterior, á excepcion del duque de Burdeos, e cual decian se hallaba indispuerto de resultas de las estaciones del domingo. El rey estaba medio recostado sobre un campé, y la infanta sentada en una silla, junto á las rodillas de Carlos X, que acariciaba el brazo de su nieta, mientras le contaba diferentes historias. La jóven princesa escuchaba con atencion: cuando yo me presenté, me miró con la sonrisa de una persona sensata, que me hubiera querido decir:

—«Preciso es que yo divierta á mi abuelo.

—«Chateaubriand, exclamó el rey: ¿cómo es que no os he visto ayer?

—«Señor, me avisaron demasiado tarde de que V. M. me habia hecho el honor de convidarme á su mesa; y luego era domingo de Pentecostés, día en que no es permitido ver á V. M.

—«¿Cómo es eso? dijo el rey.

—«Señor, el día de Pentecostés hizo nueve años que, presentándome para haceros la corte, me negaron la entrada.»

Carlos X pareció conmoverse.

—«No os arrojarán, dijo, del palacio de Praga.

—«No, señor; porque no veo aquí aquellos buenos servidores que me condujeron al día de la prosperidad.»

Principió el whist, y terminó el día.

Despues de la partida pagué al duque de Blacas la visita que me habia hecho.

—«El rey dijo que teniamos que hablar.»

Yo le contesté que no habiendo el rey juzgado conveniente convocar su consejo, ante el cual hubiera podido yo desenvolver mis ideas acerca del porvenir de Francia y de la mayoría del duque de Burdeos, nada mas tenia que decir.

—«S. M. no tiene consejo, repuso Mr. de Blacas riéndose con malicia y con ojos de satisfaccion; no tiene mas que á mí, á nadie mas que á mí.»

El guarda-ropa mayor tiene la mas alta idea de sí mismo: achaque francés. A juzgar por lo que dice, todo lo hace y todo lo puede: él casó á la duquesa de Berry, dispone de los reyes, lleva á Metternich como por la mano, tiene cogido por el cuello á Nesselrode, reina en Italia, ha grabado su nombre en un obelisco de Roma, tiene en su bolsillo las llaves de los concilios, los tres últimos papas le deben su exaltacion, conoce tan perfectamente la opinion y ajusta de tal suerte su ambicion, que acompañando á la duquesa de Berry se habia hecho dar un diploma que le nombraba jefe del consejo de regencia, primer ministro y ministro de Negocios Extranjeros. Véase cómo esas pobres gentes comprenden la Francia y el siglo.

Sin embargo, Mr. de Blacas es el mas inteligente y el mas moderado de la pandilla. En conversacion es sensato, siempre es de la opinion del que le habla.—«¿Eso pensais? Eso es cabalmente lo que decia yo ayer. Tenemos las mismas ideas.» Lamentase de su esclavitud; se halla cansado de los negocios; querria vivir en algun rincón ignorado de la tierra para morir allí en paz lejos del mundo. En cuanto á su influencia sobre Carlos X, no hay que hablarle: dicen que domina á Carlos X; es un error: nada puede con el rey; este no le escucha; rehusa por la mañana una cosa, y por la noche concede esa misma cosa, sin que se sepa por qué ha cambiado de parecer, etc. Cuando Mr. de Blacas refiere todos estos embolismos, dice *verdad*, porque nunca contraria al rey; pero no es *sincero*, porque solo inspira al rey decisiones conformes á los deseos del príncipe.

Por lo demás, Mr. de Blacas tiene valor y honor; no carece de generosidad, y es adicto y fiel. Con el roce con la alta aristocracia y con las riquezas, ha adquirido su barniz. Es de buena cuna, pues procede de una casa pobre, pero antigua, conocida en la poesia y en las armas. Lo estirado de sus maneras, su aplomo y su rigorismo de etiqueta conservan á sus amos una nobleza que se pierde fácilmente en la adversidad; á lo menos en el museo de Praga, la inflexibilidad de la armadura sostiene en pié un cuerpo que de lo contrario se caería. Mr. de Blacas no carece de cierta actividad; despacha con rapidez los asuntos comunes, y es arreglado y metódico. Bastante inteligente en ciertos ramos de arqueologia; amante de las artes sin imaginacion, y libertino á sangre fria, ni siquiera se comueve por sus pasiones; su sangre fria sería una cualidad de hombre de Estado si no fuese otra cosa que su confianza en su genio, y su genio hace traicion á su confianza; traslúcese en él al gran señor abortado como en su compatriota La Valette, duque de Epernon.

O habrá ó no restauracion; si la hay, Mr. de Blacas volverá con sus puestos y honores; si no la hay, la fortuna del guarda-ropa mayor está casi toda fuera de Francia; Carlos X y Luis XIX habrán muerto. Mr. de Blacas será ya muy anciano, y sus hijos permanecerán compañeros del príncipe desterrado, de ilustres extranjeros en cortes extranjeras; ¡bendito sea Dios!

De este modo la revolucion que elevó y hundió á Bonaparte habrá enriquecido á Mr. de Blacas: váyase lo uno por lo otro. Mr. de Blacas, con su fi-

gura carilarga y descolorida, es el empresario de las pompas fúnebres de la monarquía: la enterró en Hatwell, la enterró en Gante, la volvió á enterrar en Edimburgo, y la volverá á enterrar en Praga ó en cualquiera otra parte, velando siempre por los restos de los altos y poderosos difuntos, como aquellos aldeanos de las costas que recogen los objetos arrojados por el naufragio á las orillas del mar.

EPISODIOS.—DESCRIPCION DE PRAGA.—TYCHO-BRAHE.—PERDITA.

Praga 28 y 29 de mayo de 1835.

El martes 28 de mayo, no teniendo efecto la leccion de historia á que debia asistir á las once, me hallé en libertad de recorrer, ó mas bien, de volver á ver la ciudad que ya habia visto, yendo y viniendo de un lado á otro.

No sé por qué me habia figurado que Praga estaba metida en un hueco de montañas, que esparcian sus negras sombras sobre un grupo de casas á modo de calderas: Praga es una ciudad risueña, en que sobresalen de veinte y cinco á treinta torres y campanarios elegantes: su arquitectura recuerda una ciudad del renacimiento. La larga dominacion de los emperadores sobre los países cisalpinos pobló la Alemania de artistas de estos países: las aldeas austriacas son aldeas de la Lombardia, de la Toscana ó de la tierra firme de Venecia: creeriase uno en casa de algun aldeano italiano si en las haciendas de salones desnudos no reemplazase un poeta al sol.

La vista de que se goza desde las ventanas del palacio es agradable: por un lado se ven los verjeles de un fresco valle, de verde pendiente, cercado por las murallas almenadas de la ciudad, que bajan hasta el Moldava, á la manera que los muros de Roma bajan del Vaticano al Tiber: por otro lado se descubre la ciudad cruzada por el rio, el cual se embellece con una isla situada en la parte superior, y abraza por la inferior otra isla, separándose del barrio del Norte. El Moldava desembuca en el Elba. Un barco que me tomase en el puente de Praga, pudiera desembarcarme en el puente real de Paris. Yo no soy la obra de los siglos ni de los reyes, no tengo el peso ni la duracion del obelisco que el Nilo envia ahora al Sena: para remolcar mi galera bastaria el cinturón del Vistula y del Tiber.

El puente del Moldava, construido de madera en 785 por Mnata, fue en diferentes épocas reedificado en piedra. Mientras que media yo con mis pasos aquel puente, caminaba Carlos X por la acera: llevaba un paraguas bajo el brazo, y le acompañaba su hijo como un *cicerone* de alquiler. Habia yo dicho en *El Conservador* que se *asomaria* uno á la ventana para ver pasar á la monarquía: yo la estaba viendo pasar sobre el puente de Praga.

En las construcciones de que está formado Hradschin se ven salones históricos, museos entapizados con los retratos restaurados, y las limpias armas de los duques y los reyes de Bohemia. No lejos de las masas informes se destaca sobre el cielo un lindo edificio adornado con uno de los elegantes pórticos del *cinquecento*: esta arquitectura tiene el inconveniente de no estar en armonía con el clima. ¡Si se pudiese, al menos, durante los inviernos de Bohemia, poner estos palacios en invernadero con sus palmeras! No podia apartar de mí la idea del frio que debian tener por las noches.

Praga, sitiada muchas veces, tomada y reconquistada, nos es conocida militarmente por la batalla de su nombre, y por la retirada en que se

halló Vauvenargues. Los baluartes de la ciudad se hallan demolidos. Los fosos del palacio, por el lado alto de la llanura, forman un estrecho y profundo barranco, poblado hoy de álamos. En la época de la guerra de los Treinta años esos fosos estaban llenos de agua. Habiendo penetrado los protestantes en el palacio el 23 de mayo de 1628, arrojaron por la ventana á dos señores católicos con el secretario de Estado: los tres se salvaron. El secretario, como hombre bien nacido, pidió perdon á uno de los dos señores por haber caído sobre él. En este mes de mayo de 1833 no se gastan los mismos cumplimientos: no sé muy bien lo que yo hubiera dicho en semejante caso, y eso que he sido secretario de Estado.

Tycho-Brahe murió en Praga: ¿querria alguien por toda su ciencia tener, como él, una nariz postiza de cera ó de plata? Tycho se consolaba en Bohemia, como Carlos X, contemplando el cielo: el astrónomo admiraba la obra; el rey adora al obrero. La estrella que apareció en 1572 (extinguida en 1574), y que pasó sucesivamente del blanco brillante al amarillo encendido de Marte y al blanco plomizo de Saturno, ofreció á las observaciones de Tycho el espectáculo del incendio de un mundo. ¿Qué es la revolucion, cuyo soplo ha empujado al hermano de Luis XVI á la tumba del Newton danés, comparada con la destruccion de un globo, consumada en menos de dos años? El general Moreau vino á Praga á concertar con el emperador de Rusia una restauracion que aquel no debia ver.

Si Praga estuviese á orillas del mar, no habria cosa mas encantadora: así es que Shakspeare toca á la Bohemia con su varita, y hace de ella un país marítimo.

«¿Estás cierto, dice Antígono á un marinero en el *cuento de invierno*, de que nuestro buque ha tocado en los desiertos de Bohemia?»

Antígono baja á tierra encargado de exponer á una niña, á la cual dirige estas palabras:

«¡Flor!.... prospera aquí.... La tempestad principia.... Traza tienes de ser mecida bien ásperamente.

¿No parece que Shakspeare ha contado de antemano la historia de la princesa Luisa, de esa jóven flor, de esa nueva *Perdita*, trasportada á los desiertos de Bohemia?

CONTINUACION DE LOS EPISODIOS.—DE LA BOHEMIA.—LITERATURA SLAVA Y NEO-LATINA.

Praga 28 y 29 de mayo de 1835.

Confusion, sangre, catástrofes, tal es la historia de Bohemia: sus duques y sus reyes, en medio de guerras civiles y extranjeras, luchan con sus súbditos ó lidian á brazo partido con los duques y los reyes de Silesia, Sajonia, Polonia, Moravia, Hungría, Austria y Baviera.

Durante el reinado de Wenceslao VI, que ponía en el asador á su cocinero cuando no habia asado bien una libre, se levantó Juan Hus, el cual, habiendo estudiado en Oxford, trajo de allí la doctrina de Wiclef. Los protestantes, que buscaban por todas partes antepasados, sin poder allarlos, refieren que, desde lo alto de su pira, profetizó Juan la venida de Lutero.

«El mundo lleno de acritud, dijo Bossuet, engendrará Lutero y á Calvino, que dividen la cristiandad.»

De las luchas cristianas y paganas, de las heregias precoces de la Bohemia, de las importaciones de intereses extranjeros y costumbres extranjeras, resultó una confusión favorable al engaño. Bohemia pasó por el país de los hechiceros.

Son célebres unas poesías antiguas, descubiertas en 1819 por Mr. Hunka, bibliotecario del museo de Praga, en los archivos de la iglesia de Kaniginhof. Un joven, á quien me complazco en citar, hijo de un sabio ilustre, Mr. Ampère, ha dado á conocer el espíritu de aquellos cantos. Celakowsky ha difundido canciones populares en idioma slavo.

Los polacos encuentran el dialecto bohemio afeminado: es la cuestion del dórico y del jónico. El bajo-breton de Vannes trata de bárbaro al bajo-breton de Treguier. El slavo, lo mismo que el magyar, se presta á todas las traducciones; á mi pobre *Atala* le han endosado un vestido de punto de Hungría: tambien lleva un duliman armenio y un velo árabe.

Otra literatura ha florecido en Bohemia, la literatura moderna latina. El principe de esta literatura, Bohuslas Hassenstein, baron de Lobkowitz, nacido en 1462, se embarcó en 1490 en Venecia, y visitó la Grecia, la Siria, la Arabia y el Egipto, Lobkowitz se anticipó á mis trescientos veinte y seis años en aquellos sitios célebres, y como lord Byron, cantó su peregrinacion. ¡Con qué diferencia de ánimo, de corazon, de pensamientos, de costumbres, hemos meditado con mas de tres siglos de intervalo sobre las mismas ruinas y bajo el mismo sol, Lobkowitz, bohemio; lord Byron inglés, y yo, hijo de Francia!

En la época del viaje de Lobkowitz se hallaban en pié admirables monumentos, destruidos despues. Debía ser un espectáculo asombroso el de la barbarie en toda su energía, teniendo á sus piés la civilizacion derribada, los genizaros de Mahomet II, emhriagados de opio, victorias y mujeres, con la cimitarra en la mano y la frente rodeada con el turbante sangriento, escalonados para el asalto sobre los escombros de Egipto y de Grecia: y yo he visto á la misma barbarie, entre las mismas ruinas, agitarse á los piés de la civilizacion.

Recorriendo la ciudad y los barrios de Praga, presentábanseme á la memoria las cosas que acabo de decir, como los cuadros de una óptica sobre un lienzo. Pero desde cualquier rincon en que me hallase veía á Hradschin y al rey de Francia apoyado sobre las ventanas de palacio como un fantasma que dominaba todas aquellas sombras.

ME DESPIDO DEL REY.—ADIOS.—CARTA DE LOS INFANTES Á SU MADRE.—UN JUDÍO.—LA CRIADA SAJONA.

Praga 29 de mayo de 1835.

Pasada ya mi revista de Praga, fui el 29 de mayo á comer á palacio á las seis. Carlos X estaba muy contento. Despues de levantarse de la mesa, me dijo sentándose en el campé del salon:

—«Chateaubriand, ¿sabeis que *El Nacional* que se ha recibido esta mañana declara que tenia yo derecho para dar mis ordenanzas?»

—«Señor, le contesté, V. M. arroja piedras á mi jardin.»

El rey vacilaba indeciso, mas tomando luego su partido me dijo:

—«Tengo algo sobre el corazon, me habeis maltratado terriblemente en la primera parte de vuestro discurso en la cámara de los Pares.»

Y acto continuo, exclamó el rey, sin dejarme tiempo para contestar:

—«¡Oh! ¡El fin, el fin!... ¡El sepulcro vació en San Dionisio!... ¡Es admirable!... ¡Muy bien, muy bien!... ¡No hablemos mas de ello; no he querido recordar eso... basta ya... está acabado!»

Y se disculpaba de haberse atrevido á aventurar estas pocas palabras.

Yo besé con un piadoso respecto la mano real.

—«¿Qué quereis que os diga? continuó Carlos X: quizá hice mal en no defenderme en Rambouillet: todavía tenia grandes recursos; pero no quise que corriese sangre por mí, y me retiré.»

No traté de combatir aquella noble escusa, y contesté:

—«Señor, Bonaparte se retiró dos veces como V. M. á fin de no prolongar los males de Francia.»

Así ponía la debilidad de mi anciano rey al abrigo de la gloria de Napoleon.

Luego que llegaron los infantes, nos acercamos á ellos. El rey habló de la edad de la princesa.

—«¡Hola niñita! ¡Conque teneis ya catorce años?»

—«¡Oh! ¡Cuando tenga quince! dijo la princesa.»

—«¿Qué hareis? dijo el rey.»

La princesa no replicó.

Carlos X refirió un suceso.

—«No me acuerdo de eso, dijo el duque de Burdeos.»

—«Yo lo creo, repuso el rey; eso ocurría el día mismo de vuestro nacimiento.»

—«¡Oh! replicó Enrique: ¿segun eso hace tanto tiempo!»

La princesa, inclinando un tanto su cabeza sobre su hombro, y levantando su rostro hácia su hermano, mientras que sus miradas caian oblicuamente sobre mí, dijo con cierto airecillo irónico:

—«¿Conque hace tanto tiempo que habeis nacido?»

Retiráronse los infantes, y yo saludé al huérfano, debiendo marchar aquella noche. Díjele adios en francés, en inglés y en alemán. ¡Cuántas lenguas aprenderá Enrique para referir sus miserables aventuras, para pedir pan y un asilo al extranjero!

Cuando principié la partida de wist tomé las órdenes de S. M.

—«Vais á ver á la delina en Carlsbad, dijo Carlos X. Buen viaje, mi querido Chateaubriand. Ya oiremos hablar de vos en los diarios.»

Fuí de puerta en puerta, ofreciendo mis últimos respetos á los habitantes de palacio. Volví á ver á la jóven princesa en el cuarto de Mad. de Gonaud y me entregó para su madre una carta, al pié de la cual habia algunas palabras de Enrique.

Debía yo marchar el 30 á las cinco de la mañana, y el conde de Chotek habia tenido la atencion de mandar caballos al camino. Un incidente me detuvo hasta el medio día.

Llevaba yo una carta de crédito de dos mil francos, pagadera en Praga, y me presenté en casa de un judío rechoncho y pequeño, que, al verme, empezó á dar gritos de admiracion. Llamó á su mujer en su auxilio, y acudió esta, ó mas bien rodó hasta mis piés. Sentóse con toda su gordura y su negro color enfrente de mí, con dos brazos como aletas, y se puso á mirarme con sus redondos ojos: aun cuando el Mesías hubiese entrado por la ventana, no habria mostrado mayor gozo aquella Raquel: creíame yo amenazado de una *Aleluya*: El agente de cambio me ofreció su fortuna, cartas de crédito para toda la extension israelita, y añadió que me enviaria á mi casa los dos mil francos.

La suma no estaba aun entregada el 29 por la noche: en la mañana del 30, cuando los caballos estaban ya enganchados, llegó un dependiente con un paquete de asignados, papel de diferente origen, que pierde mas ó menos en la plaza, y no tiene curso fuera de los Estados austriacos. Mi carta contenía una nota, que decía: *en buena moneda*. Quedeme desconcertado.

—«¿Qué quereis que haga con eso? dije al dependiente. ¿Cómo he de pagar con ese papel la posta y los gastos de posada?»

El dependiente corrió á buscar explicaciones; vino

otro dependiente, y me estuvo haciendo cuentas interminables. Despedí al segundo dependiente, y otro tercero me trajo escudos de Brabant. Marché prevenido para lo sucesivo contra la ternura que pudiese inspirar á las hijas de Jerusalem.

Mi birlocho se hallaba rodeado á la puerta de los criados de la casa, entre quienes se mostraba mas solícita una linda criada sajona, que corría á un piano cada vez que podía pillar algun momento libre entre dos campanillazos: ¡pedid á Leonarda del Limosin ó á Fanchon de Picardia que os toque ó cante al piano *Tanti palpiti* ó la *plegaria de Moisés!*

#### LO QUE DEJO EN PRAGA.—EL DUQUE DE BURDEOS.

Praga y camino 29 y 30 de mayo de 1835.

Habia yo entrado en Praga con grandes recelos. Decía entre mí: «Para perdernos, basta á Dios muchas veces ponernos en las manos nuestros destinos: Dios hace milagros en favor de los hombres, pero les abandona la direccion, sin lo cual sería él quien gobernaria en persona: ahora bien; los hombres son los que hacen abortar los frutos de esos milagros. El crimen no se halla castigado siempre en este mundo: las faltas lo son siempre. El crimen es de la naturaleza infinita y general del hombre, y solo el cielo conoce el fondo de él y se reserva á veces su castigo. Las faltas de una naturaleza limitada son de la competencia de la justicia estrecha de la tierra; por eso es muy posible que las últimas faltas de la monarquía sean severamente castigadas por los hombres.»

Decía tambien entre mí: «Se ha visto á familias reales incurrir en irreparables errores, infatuándose con una falsa idea de su naturaleza: unas veces se consideran como familias divinas y excepcionales; otras como familias mortales y privadas, y segun las circunstancias, se colocan encima de la ley común ó en los límites de esa ley. Si infringen las constituciones políticas, gritan que tienen derecho para hacerlo, que son la fuente de la ley, que no pueden ser juzgadas por las reglas ordinarias. Si quieren cometer una falta doméstica, dar, por ejemplo, una educacion peligrosa al heredero del trono, responden á las reclamaciones: ¿conque un particular puede proceder con sus hijos como le parece y nosotros no podríamos hacerlo?»

No, no podeis: no sois una familia *divina* ni una familia *privada*; sois una familia *pública*, y perteneceis á la sociedad. Los errores del trono no atacan solo al trono, sino que son perjudiciales para la nacion entera. Un rey da un tropiezo, y se va; ¿pero se va acaso la nacion? ¿No sufre ningun mal? Los que permanecen leales al rey ausente, víctimas de su honor, ¿no se hallan cortados en su carrera, perseguidos en sus parientes, embarazados en su libertad, amenazados en su vida? Lo repito: el trono no es una propiedad privada; es un bien comun, indiviso, y hay terceras peronas comprometidas en la suerte del trono. Yo temia que en los trastornos insuperables de la desgracia no hubiese conocido el trono estas verdades, y no hubiese hecho nada para volver á ellas cuando aun era tiempo.

Por otra parte, reconociendo las ventajas inmensas de la ley sálica, no se me ocultaba que la duracion de raza tiene algunos graves inconvenientes para los pueblos y para los reyes: para los pueblos, porque mezcla demasiado sus destinos con los de los reyes; para los reyes, porque el poder permanente los embriaga, pierden las ideas de la tierra, y todo lo que no está en sus altares, súplicas respetuosas, votos humildes, acatamientos profundos, es impiedad. La desgracia no les enseña nada: la adversidad no es mas que una plebeyá grosera que les falta al respeto,

y las catástrofes no son para ellos mas que insolencias.

Afortunadamente me habia engañado, y no encontré á Carlos X imbuido en esos altos errores que nacen en la cima de la sociedad: le hallé simplemente con las ilusiones comunes de un suceso inesperado y que son mas explicables. Todo contribuye á consolar el amor propio del hermano de Luis XVIII: ve al mundo político destruirse; y lo atribuye, no sin alguna razon, á su época, no á su persona. ¿No pereció Luis XVI? ¿No cayó la república? ¿No se vió obligado Bonaparte á abandonar por dos veces el teatro de su gloria, y á ir á morir cautivo sobre un escollo? ¿No se hallan amenazados los tronos de Europa? ¿Y qué mas podía Carlos X que aquellos poderes derribados? Quiso defenderse contra enemigos; estaba avisado del peligro por su policía y por síntomas públicos; tomó la iniciativa, y atacó para no ser atacado. Los héroes de los tres motines no han confesado que conspiraban y que habian estado representando una comedia por espacio de quince años? Pues bien, Carlos creyó que era deber suyo hacer un esfuerzo; trató de salvar la legitimidad francesa, y con ella la legitimidad europea; dió la batalla, y la perdió: inmolóse por la salvacion de las monarquías, y eso es todo, Napoleon tuvo su Waterloo, Carlos X sus jornadas de julio.

Así se presentan las cosas al infortunado monarca, que permanece inmutable, asediado por los sucesos que abruma y sujetan su espíritu. A fuerza de inmovilidad adquiere cierta grandeza: como hombre de imaginacion, escucha, no se enfada de las ideas de otro, parece que entra en ellas, y es de lo que está mas lejos. H y axiomas generales que uno coloca delante de sí como gabiones y parapetado detrás de ellos hace fuego sobre las inteligencias que marchan.

El error de muchos es persuadirse, en vista de los sucesos repetidos en la historia, de que el género humano está siempre en su lugar primitivo. Esos confunden las *pasiones* y las *ideas*: las primeras son las mismas en todos los siglos; las segundas cambian con la sucesion de los tiempos. Si los efectos materiales de algunos actos son semejantes en épocas diversas, las causas que los producen son diferentes.

Carlos X se considera como un principio, y en efecto, hay hombres que á fuerza de haber vivido en ideas fijas, de generaciones en generaciones semejantes no son mas que monumentos. Ciertos individuos por el trascurso del tiempo y por su preponderancia, llegan á ser *cosas transformadas en personas*: estos individuos perecen cuando perece esa cosa. Bruto y Caton eran la encarnacion de la república romana, y no podian sobrevivir á ella cómo el corazon no puede latir cuando se retira la sangre.

En otro tiempo trazé el siguiente retrato de Carlos X:

«¡Ya habeis visto hace diez años á ese súbdito fiel, á ese hermano respetuoso, á ese tierno padre, tan afligido en uno de sus hijos, tan consolado por el otro! ¡Ya conoceis á ese Borbon que vino el primero despues de nuestras desgracias á arrojarse, como digno heraldo de la antigua Francia, entre vosotros y la Europa con un ramo de lirios en la mano! ¡Vuestros ojos se fijan con amor y complacencia en ese principe que en la edad madura ha conservado el encanto y la noble elegancia de la juventud, y que adornado ahora con la diadema, es solo un francés mas en medio de vosotros! Con emocion repetís tantas frases hermosas de la boca de este nuevo monarca que aspira en la lealtad de su corazon la gracia del decir.»

«¡Quién habria entre nosotros que no le confiara su vida, su fortuna, su honor! Ese hombre, á quien todos quisiéramos tener por amigo, lo tenemos hoy por rey. ¡Ay! tratemos de hacerle olvidar los sacrificios de su vida. ¡Qué levemente pasa la corona sobre